

Notas para una historia de la oratoria sagrada española ⁽¹⁾

Cuando hace cuatro años comencé a catalogar el fondo de sermones de la extraordinaria biblioteca de don Miguel Herrero García, propiedad hoy de sus herederos, no llevaba otro propósito que la simple catalogación de un material por el que se interesaban el C. S. de I. C. y la Universidad Pontificia de Salamanca.

Mis conocimientos entonces de la oratoria sagrada se reducían a las pocas y superficiales palabras de los manuales de literatura y del libro de Pfandl sobre las letras españolas en el Siglo de Oro.

Por curiosidad hojeaba alguno de aquellos amarillentos folletos de 20 ó 25 páginas; su lectura fue captando mi interés, y a los pocos días mi tarea no se reducía ya a la confección de la ficha, sino que, con frecuencia, leía párrafos y hasta sermones enteros, y anotaba brevemente mi impresión sobre el contenido y la expresión. Consecuencia inmediata fue buscar bibliografía para consultar ampliamente cuanto se hubiera escrito sobre materia para mí novedosa e intrigante.

(1) Este artículo constituye la Introducción de la tesis doctoral que con el título "Aportación bibliográfica al estudio de la Oratoria Sagrada Española" fue presentada el 26 de enero de 1966, en la Facultad de F. y Letras de la Universidad de Madrid y calificada de "Sobresaliente cum laude".

Y leí en la edición de Gayangos y E. Vedia de la «Historia de la literatura española», de Ticknor, que nuestro carácter, la falta de libertad y el yugo opresor de la Inquisición, imposibilitaron la creación de cualquier clase de oratoria, religiosa o civil. Y en B. Gaudeau: «Siendo así que en España abundan los escritores místicos, los predicadores son completamente desconocidos y merecen serlo». Y en un libro de R. Ricard que aún conserva el olor de las prensas: «Entre todos los géneros literarios, profanos o religiosos, existen pocos que sean tan difíciles de estudiar como la predicación, pues los vestigios que ella deja tras sí son relativamente ínfimos. Por un sermón publicado —a menudo demasiado mal— que pertenece en general a la elocuencia de aparato, hay cien de los cuales no queda ni rastro».² Y en el prólogo que el P. García Olmedo pone a los sermones del P. Dionisio Vázquez: «Hablar de la predicación española parece que es hablar de fray Gerundio. El famoso predicador de Campazas es todavía para muchos, no una caricatura de los malos predicadores del tiempo del P Isla, sino una figura simbólica de nuestra predicación, el predicador español de todos los tiempos, pasados y futuros».

Y también leí los discursos pronunciados en la Real Academia Española por Antonio Ferrer del Río, Hartzenbusch y monseñor Eijo y Garay; el «Discurso de la elocuencia», de Pedro Antonio Sánchez; los trabajos del P. García Olmedo, de A. Soria, de E. Alarcos García, de Herrero García, de Luis Redonet, de Pío Sagüés, de Baselga y Ramírez, de Dámaso Alonso... Además consulté algunas preceptivas y tratados que directa o tangencialmente tocan el tema de la predicación: «El perfecto orador», de Jiménez Patón; «Agudeza y arte de ingenio», de Gracián; «Cartas filológicas», de Cascales; «El orador cristiano», de Mayáns y Siscar; «Exequias de la lengua castellana», de Forner; «Parnaso español», de Sedano; «Modo de predicar», de fray Diego de Estella; «Teatro crítico-histórico», de Capmany; «Historia de las ideas estéticas», de Menéndez Pelayo...

Y la conclusión a que llegué fue, en líneas generales, la

(2) *Estudios de Literatura religiosa española*, Madrid, Gredos, 1964.

misma a que muchos años antes había llegado don Miguel Mir: «La historia de la elocuencia sagrada española es el mayor vacío que hay en nuestra literatura. Hay en ésta partes muy desconocidas, pero que han sido en alguna manera estudiadas, de suerte que de ellas se puede formar idea siquiera aproximada. En lo tocante a nuestra elocuencia se ignora todo. Es una mina de todo punto inexplorada». Si bien es verdad que se han hecho calas en esta selva enmarañada, sin embargo, síguese esperando una serie de estudios parciales que vayan preparando la posibilidad de la confección de una historia de la predicación. Una exposición de carácter general es, hoy por hoy, algo que no se puede ni pensar. Es necesario, acertadamente dice el P. G. Olmedo, allegar primero materiales y estudiar autores: «Mientras no estén reunidos y bien clasificados y ordenados nuestros antiguos sermones y estudiados convincentemente los autores y métodos principales es imposible acometer un trabajo de síntesis y conjunto» .

Bien poco es lo que se ha hecho a este respecto. Las colecciones del siglo pasado ignoraron la oratoria sagrada. Incluso la BAE hizo caso omiso de ella. Las pretensiones de Menéndez Pelayo de abrir una sección especial para los predicadores de los siglos XVI y XVII quedaron reducidas al tomo de la NBAE prologado por Miguel Mir. Después han aparecido: el «Sermionario clásico», de M. Herrero García; los sermones de los PP. Dionisio Vázquez, Manuel Guerra, Hernando de Santiago, editados y prologados, respectivamente, por el P. G. Olmedo, A. Soria Ortega y P. Q. Pérez, y poco más. Aportaciones que resultan insuficientes para formar un corpus que sirva de base a los futuros estudiosos. En este sentido se orientan los deseos del profesor don Rafael de Balbín de crear una serie de antologías, y la próxima labor del doctorando será ir preparando esa selección. Pero mientras estos proyectos, propios o ajenos, no se lleven a la realidad, será necesario llegar a los fondos allá donde existan. El trabajo será arduo, pero no imposible. Porque, contra la opinión de R. Ricard, nuestros predicadores escribieron muchos de sus sermones y los dejaron impresos a la posteridad. La cuestión es localizarlos después de la lógica dispersión que motivaron el paso del tiempo y las circunstan-

cias anómalas, como fueron la destrucción de bibliotecas particulares y conventuales durante las guerras y el expolio de Mendizábal.

(Aquí es, precisamente, a donde apunta la razón de mi tesis: aporta una amplia bibliografía —más de 5.300 fichas— correspondientes, casi en absoluto, a piezas sueltas de la oratoria sagrada española, acompañadas de la signatura topográfica para su inmediata localización en las bibliotecas donde han sido revisadas una a una personalmente por mí).

I. Notas preliminares

De la lectura de varios centenares de sermones saqué algunas notas que, hilvanadas y ligeramente comentadas, juzgo interesante dar aquí a manera de prólogo introductor del cuerpo bibliográfico.

I. Tipos de sermones.

I, I. Predominio del sermón de circunstancias.

La mayoría de las piezas registradas fueron predicadas ante sabia concurrencia. Se trata de sermones de encargo por parte de los Reyes, de la nobleza, de los cabildos de las ciudades, de las Universidades, de las congregaciones religiosas, en ocasión de honras fúnebres, de la exaltación de algún miembro del gremio o de la comunidad, de fiestas patronales o de acontecimientos de resonancia nacional. Fácilmente se comprende el predominio y conservación de estos sermones de carácter más o menos público, si se tiene en cuenta que, por lo general, los patrocinadores de las exequias o de las fiestas costeaban su edición. Sin duda se debe a esta circunstancia la falta casi absoluta —en pieza suelta— del sermón de moción. Se da más la aclamación, el panegírico de tipo intelectual, ampliamente

documentado, con citas de la Sagrada Escritura, de los santos padres o de escritores clásicos, en alarde de erudición.

1, 2. Si esto encierra algunos inconvenientes, son muchas más las ventajas. Para nuestro propósito, predominantemente literario, nos interesa más el predicador que habla para una docta asamblea de catedráticos, religiosos, canónigos o beneficiados, ante los cuales es de presumir que se dejase llevar del afán de lucimiento propio y extremase lo que los poetas y los dramaturgos confiaban a la imprenta. Si se piensa en la importancia del clero en la vida cultural de aquellos siglos y en el carácter de la oratoria —urgencia de un público, inmediatez del fruto, enfrentamiento personal de autor y oyentes— se comprenderá fácilmente el absurdo que supone el olvido en que se ha tenido, y se tiene, esta parte integrante de las letras.

Creo que se ha pensado muy poco en que el éxito de algunos predicadores —Paravicino, por ejemplo— se debía a que hablaban en el púlpito el mismo lenguaje que en la escena Calderón, en los libros Ledesma y en la poesía Góngora. Lo confiesa el mismo fray Hortensio: «Por nuestra desgracia, han llegado los sermones tan a la necesidad misma de agrado que la comedia».³

2. Importancia de las aprobaciones, censuras, pareceres y dedicaciones.

Quien intente escribir una historia de la predicación deberá contar siempre con los preliminares que llevan, indefectiblemente, en el siglo XVII y XVIII los sermones. Allí se habla de las maneras de decir en el púlpito, de las modas de la época, del concepto personal de la oratoria; allí se alaba, desmesuradamente casi siempre, al autor y se hace historia de sus méritos académicos y de sus cargos profesionales o vocacionales.

(3) *Oraciones*. I, Madrid. J. Ibarra, 1766. Pág. 176.

2, 1. Como muestra, traigo aquí dos ejemplos; ambos se refieren a Paravicino: «¿Qué hemos de decir? ¿Que son grandes?, es pequeña alabanza. ¿Que son elocuentes?, es corto elogio. ¿Qué son los cedros del Líbano que se descuellan sobre todo árbol que en la tierra de la Estampa ha rendido fruto? Es agravio a tan insigne varón. ¿Que son los radiantes soles a cuyas luces toda estudiosa fatiga es estrella de pequeña magnitud?, es ultraje a tan christiano Demóstenes. Digamos, pues, que son oraciones del católico Hortensio, del religioso Cipriano, del segundo Chrisóstomo, y con ello se dice todo».⁴

El segundo texto está tomado de la dedicación al P. Luis Aliaga del «Sermón de la presentación», y lleva fecha de 11 de noviembre de 1616. En él, fray Hortensio hace la autodefensa de su predicación: «...Pues leydo este sermón, que por tan numeroso concurso dexaron muchos de oír, no puede aver hombre, no digo ya docto, pero ni de juycio, que quando no le estime por poca erudición, pueda culparle por de aspereza. Aspereza digo, por la doctrina, no por el estilo, que éste, aunque no fue elección mía sino favor o enojo del Cielo, natural a la pluma, como a la lengua, ya sé quán pesadas censuras lleva, pues me obliga a trabajar por esconderme con los demás, lo que quizá por diferenciarse trabajarán otros. De personas graves, y entre ellas algún profesor público de Escuelas insignes, luzido, y premiado justamente en ellas, he oído que han escrito y escriven discursos en mi defensa. Desde aquí le agradezco la demostración, pero le persuado a excusarla, pues ni yo prediqué materias que piden satisfacción ni quien la llegare a calumniar merece atenciones doctas. Antes bien, entre los cultos, y que saben las deudas de una oración, han de parecer viciosas de repetidas las excusas que leerán en la mía... No es nuevo para mí esto, Reverendissimo Padre, que desde menores años vivo expuesto, y aun provocado en estos estruendos, sobrada e injustamente a mi parecer; porque ni mis pocas partes podían ser objeto de embidias ni mi modestia lo merecía ser de odios».

(4) FR. DIEGO NISENO, en *Aprobación*, 29-VIII.1639, a *Oraciones evangélicas y panegyricos... que... dixo el Rmo. P. M. F. Hortensio Félix Paravicino*. Madrid. A. González de Reyes. 1695.

3. Importancia del testimonio de los predicadores.

Con frecuencia son los mismos oradores los que, en el curso del sermón, hacen alusión a la predicación de la época. No es necesario insistir sobre el valor y la veracidad de unas afirmaciones hechas públicamente desde el púlpito.

3, 1. Pueden servir de ejemplo los siguientes párrafos:

«Sermones a los que la curiosidad y el aseó introducido en lugar del fervor, han dado en llamar, y sin saber la fuerza y la energía de la voz, se han salido y bien, con que se llaman panegyricos; sermones en que la ingeniosa tibieza del mundo juzgando, y juzgando a su modo, la Sagrada Escritura, y examinando al oído las cláusulas, está por la mayor parte en posesión de escuchar menos afectos que discursos; sermones, en fin, en que, más que en otros, en vez de solicitarse y buscarse únicamente la gloria de Dios, se busca, se solicita y aun se examina, la habilidad y la gracia buena o mala del predicador.»⁵

«...criminales transgresiones de la Ley de Dios, a lo que solían llamarse sutilezas... Pecáis contra la justicia, si después de no darles lo que de derecho se les debe, por el parto saludable que a veces os piden como a ricos en doctrina, les ofrecéis los escorpiones venenosos de esos conceptos vanos, de esos pensamientos insípidos, de esos discursos sin solidez, que en vez de llenarlos del espíritu y de la virtud, como enseña el Apóstol (I, Cor., 2, 4), los imbuyen de una pestífera vanidad, de un lastimero retraimiento, de una funesta estolidez... Ese estilo impropio y forzado, esas latiniparlas fastidiosas, esas frases confusas y peregrinas, esos sonsonetes y cadencias, en que colocan erradamente toda la gracia y son propiamente una tortura de nuestro idioma, ¿os parecen medio oportuno para dar a estas pobres ovejas el deseado pasto?»⁶

(5) INTERIÁN DE AYALA. *Sermón del nacimiento de Ntra. Sra. predicado en Madrid. Segunda parte de Sermones*. Madrid, 1713. Págs. 384-385.

(6) BOCANEGRA Y JIVAJA. *Sermón de la IV Dominica de Quaresma*. 1755.

II. Trayectoria de la predicación sagrada

Sería pretencioso de mi parte querer dar aunque sólo fuera una incompleta visión de la historia seguida por la oratoria sagrada española en estas líneas. Me limito a personales observaciones.

En 1916 escribía en *Razón y Fe* el P. G. Olmedo: «Casi todos los sermones que se publicaron desde Paravicino hasta la aparición de *fray Gerundio*, son un cúmulo de necedades, verdadera literatura de manicomio, que haría reír al hombre más grave, si no fuese tan triste ver a aquella princesa religiosa, hija de Dios, como la llamaba Lanuza, a la palabra del Evangelio, cubierta de harapos, de frases y cuentecillos soeces, o aderezada como ramera con los afeites y galas de la comedia, indigna de la majestad, compostura y religión de tan grave matrona».⁷

Contrariamente a este sentir —que después el mismo padre G. Olmedo ha atenuado— y a la opinión más común, que puede expresarse en parecidos términos, creo que, juntamente con la novela, es la oratoria el género literario que se mantiene más impermeable a la descomposición general que experimentan nuestras letras desde mediados del Seiscientos.

Es indudable que hasta ella llegan las salpicaduras, y que muchos predicadores anduvieron a la deriva, como boyas, en el casi universal naufragio; pero son muchos también los que caminan por el XVII y los que penetran en el siglo XVIII con la medida y elegancia de los comienzos del Seiscientos.

Por eso, opino que es más exacto hablar, en oratoria, de tres corrientes:

- predicadores que se mantienen en una línea de contención clásica,
- predicadores extravagantes procedentes de una posición cultista,

(7) *Decadencia de la Oratoria Sagrada en el siglo XVI*. (R. y F., XI.VI. 319).

— predicadores extravagantes que proceden de una posición vulgar.

1. Predicadores que continúan la postura clásica del XVI: 1600 - 1750.

1, 1. Las únicas muestras de los PP. Avila y Granada incluidas en esta bibliografía, sirven para confirmar que si el Beato se olvidaba con frecuencia de los adornos, siempre supo insinuarse en la voluntad por la fuerza y solidez de los razonamientos, y que el fraile dominico ni aún en los discursos que salían de su pluma en circunstancias graves, podía abandonar la dicción pura, de cláusula armoniosa, en que se combina la elegancia grave con la expresión sencilla y espontánea.

Fr. Alonso de Cabrera, a caballo entre dos siglos, une a la naturalidad y sencillez una viveza de pensamiento y una riqueza de imágenes poco comunes.

El canónigo de Belmonte, Francisco de Avila, hace gala en su oración fúnebre a la muerte de Felipe II, de una copiosa erudición sagrada y profana.

Fr. Juan Bernal habla un lenguaje llano y sentencioso.

El P. Cáceres apunta, en el colorido y riqueza de las frases, un escritor castizo, a quien libra de la vulgaridad un bagaje considerable de doctrina.

El agustino Fr. Pedro de Valderrama muestra, en la abundancia y galanura de sus frases, su origen sevillano.

Al P. Antonio Alvarez se le tuvo por el mejor entre los innumerables homiléticos españoles; lo acreditan así su estilo sabroso y realista y su abundante léxico y adecuado empleo de la cita escrituraria.

Famoso fue también el P. Luis de Rebolledo por sus oraciones fúnebres.

La única pieza que he leído del P. Basilio Ponce de León es lo suficientemente elocuente para pensar que hubo motivos pa-

ra incluirle en el Catálogo de Autoridades de la Lengua. Como predicador habría que tacharle el prurito de cargar demasiado la pluma en la aducción de textos profanos.

Serio, elegante y clásico se ofrece Fr. Juan Bautista de Lanuza en la única muestra suya que he podido leer.

Un solo sermón también del mercedario P. Hernando de Santiago, a quien Felipe II llamaba «pico de oro», parece hacer verdad lo que de su erudición y facundia se decía: que deleitaba más que aleccionaba y conmovía.

La misma habla mesurada y culta honra al jesuíta P. Jerónimo de Florencia, predicador de Felipe III.

Aún dentro de la primera mitad del XVII se mueven en lo que llamo «contención clásica» Fr. Francisco Boyl, el P. Francisco Pimentel y el P. Francisco de Ribera, del que llama la atención la concisión de frase que logra con abundancia de verbos.

El jesuíta Manuel de Nájera y el trinitario Fr. Manuel Guerra y Ribera conservan dignidad y decoro en el uso de la cátedra; son para Herrero García y para el P. G. Olmedo las casi únicas excepciones que se salvan del naufragio general que ahogó la predicación, según ellos, en la segunda mitad del siglo.

A la vista de mis notas yo añadiría bastantes nombres más: Fr. Antonio Agustín, de dicción clara; Fr. Manuel Sánchez de Arbustante, en la línea de Paravicino, pero que sabe derramar los adornos retóricos «con la mano, no con el cesto»; Fr. Raimundo Costa, dominico, erudito y elegante; José Romaguera, predicador culto y de expresión límpia.

A lomo de los dos siglos se sitúan: el benedictino Manuel Navarro, cuyos exordios atraen por lo interesantes y espectaculares; el jesuíta P. Pascual Ranzón; Fr. Juan Nolasco Risón; el P. Francisco Bru; Jerónimo de Lorte y Escartín —a pesar de su regusto por el lenguaje metafórico—; Juan de Gamis y Fr. Gregorio de Aranda.

Mención especial merecen el P. Antonio Vieira y José Bar-

cia y Zambrana. El P. Vieira, portugués, gozó siempre de la aceptación aún de los más exigentes preceptistas, y no es de extrañar; su éxito se basaría en la viveza de la expresión y la rapidez de la elocución, en la agudeza y erudición, no exento todo ello de un pronunciado barroquismo. Más erudito y menos barroco, es el canónigo del Sacro-Monte granadino.

La renovación general del púlpito, ostensible en la segunda mitad del Setecientos, no es concebible solamente por la obra de los preceptistas y de la comicidad de *Fr. Gerundio*. Nunca se había perdido una veta de buen gusto, como queda apuntado, y en cuya confirmación he dado unos nombres. Estos nombres se hacen más numerosos a medida que avanza el siglo XVIII. Este fenómeno de crecimiento coincide, y tal vez se halle en ello su razón de ser, con la exacerbación en otros predicadores del gusto por lo excéntrico.

1, 2. De la primera mitad del Setecientos podemos citar un buen número de más que aceptables predicadores:

Nicolás Gallo, con conciencia de reformador como lo demuestra en varias Aprobaciones; Juan Interián de Ayala, cofundador de la Real Academia de la Lengua, discípulo de Vieira, y como éste, de elocuencia vigorosa; Fr. Pablo de San Nicolás, Agustín de Castejón, Fr. Pedro Espinosa de los Monteros, Lorenzo Santiso y Moscoso, José Andosilla, Fr. Joaquín Muñatones, Manuel López Aguirre, Diego Merino y Cevallos, Fr. Alonso Bocanegra, Fr. Andrés de San José, Francisco José Olazábal y Olaizola, Fr. Antonio María de Parma, Francisco Javier Delgado, Francisco Antonio Ballesteros, Isidoro Francisco Andrés, Fr. Luis de Santo Tomás...

Mediada la centuria, y cuando el gerundianismo arrecia en sus extravagancias, aparecen en el campo de la oratoria, dispuestos a darle batalla, dos celosos prelados: el obispo de Guadix, Mons. Bocanegra y Jivaja, y el de Barcelona, Mons. José Climent. En las pastorales y en los sermones fustigan los vicios de la época, y, contrariamente a la casi opinión general, partidaria de la imitación francesa, señalan como modelos a nuestros predicadores del siglo XVI. (Mons. Climent

traduce y prologa los «Siete libros» de la preceptiva de Fr. Luis de Granada).

Creo que la labor de estos reformadores fue más eficaz que la campaña y dura crítica de Macanaz, Capmany, Sánchez Valverde, Pedro Antonio Sánchez, Soler Cornellá, Forner..., e incluso, que la del P. Isla; porque, entre otras cosas, mostraba algo positivo, no sólo la sátira y el látigo.

2. Puntos de inflexión en los comienzos del Seiscientos.

«Gran servicio prestaría a la historia literaria, decía Mons. Eijo, en su Discurso en la Real Academia, quien para averiguar las causas del bastardeamiento de la oratoria sagrada, fuese anotando en oradores de la buena época esos primeros brotes del mal, fijando fechas, regiones y escuelas, y fuentes de inspiración, que no siempre, ni mucho menos, fueron nacionales, y descubriese los orígenes y progresos de la decadencia»⁸.

Estas líneas, que pertenecen no a un estudio sino a una introducción, quieren decir algo de lo que he leído, de lo que me ha sugerido la lectura directa de varios cientos de sermones y de lo que intuyo.

2, 1. Fr. Félix Hortensio Paravicino se confiesa repetidas veces «Colón de la nueva oratoria», «el primero que se fió a esas ondas». Tenía, pues, conciencia de ser fundador de una nueva manera de predicar, no sólo en la modalidad de oraciones fúnebres. ¿Cuál era esa nueva escuela?

Paravicino apuntaba a una vuelta a los Santos Padres. El cita a S. Gregorio Nacianceno, S. Jerónimo, S. Ambrosio, S. Bernardo. Claro que era una vuelta amañada; basta la más ligera confrontación. Sabido es que «de la predicación patristica, de carácter sencillo y libre, se pasó a la técnica medieval, que, en su representación más genuina del sermón universitario, no era otra cosa que una serie de procedimientos

(8) Pronunciado el 22 de mayo de 1927. Madrid. (Tall. Voluntad), 1927.

puramente dialécticos con un grandioso e interminable aparato de reglas..., de caprichosas interpretaciones y de simbolismos las más veces forzados y un tanto extravagantes, mediante paralelismos, artificios y consonancias verbales» (Pío Sagües).

Cuando se predica en romance, sobre todo en España, se siguen las huellas de los Santos Padres, y se adopta el sermón de homilía, o comentario de las Sagradas Escrituras, en el que se entreveraba la exégesis del texto bíblico con las explicaciones dogmáticas y morales que el mismo sugería. La influencia de la Escolástica maleó la predicación, y si bien no se llegó a abandonar la homilía, sí quedó falseada con las disquisiciones en torno a un texto que pronto degeneraría en las sutilezas de los bizantinismos escolares. Poco faltó para que la homilía se convirtiera en sermón de tesis, o en un mero artículo de la *Summa*.

Esta fría armadura escolástica no se cubrió de color y calor de carne hasta entrado el siglo xvi, por obra de Luis de Granada, Juan de Avila, Orozco, Tomás de Villanueva, Dionisio Vázquez, con aquella manera de predicar, exclusiva y penetrante, que procedía del amor que confiaban a sus palabras.

Por testimonios fehacientes de coetáneos podemos afirmar que los primeros años del siglo xvii, ya en plena época barroca, se nos aparecen como puntos de inflexión y diversificación de dos escuelas. (Si hablar de escuelas siempre es peligroso, en Oratoria es riesgo constante; lo explican su carácter popular y el infinito número de cultivadores, las más de las veces indoctos y sin conciencia de su misión).

2, 2. Una de dichas escuelas arrancarían de los mismos reformadores del siglo xvi antes citados. Del P. Dionisio Vázquez afirma el P. G. Olmedo que sabía infundir a sus sermones tal vitalidad y dramatismo, que no dudaba que muchos de aquellos animados diálogos de sus discursos, y eso mismo sucedería con los de otros predicadores, pasaron del púlpito a los carros del Corpus. Y Cejador, refiriéndose a los oradores sagrados de dicho siglo, comenta: «La erudición escritura-

ria era para ellos portentosa; la lectura que mostraban tener de los Santos Padres y de las letras paganas no le iba en zaga. Pero lo más de admirar era la manera que tenían realista y hasta dramática de pintar las escenas, hacer dialogar a los personajes bíblicos, y el modo de aplicar la doctrina a las costumbres no menos dramática y realista. Para ello echaron mano de toda la riqueza del habla popular, con lo que levantaron y ensancharon el lenguaje literario mucho más que los autores profanos, que hasta entonces tiraban más a lo pagano que a lo nacional»⁹.

Esta corriente sufrió diversa suerte: en la segunda mitad del xvi debió de gozar del favor de un amplio sector; en su primera mitad quedaría reducida a los sectores populares, arrinconada por la pujanza de los predicadores cultos; pero pasado este período fue afirmándose hasta competir con la otra escuela, la cultista, también en vía de descomposición.

Aquel mesurado realismo de los buenos oradores, que suponían unción y belleza, en los mediocres degeneró en extravagancia. A estos se refiere Jiménez Patón cuando habla de las acciones gesticulosas y de los gritos descompuestos y fábulas fingidas que provocaban a risa a los oyentes; «principalmente, continúa diciendo, se reforme el abuso que en algunas partes ay de que el primer sermón que se haze en la mañana de Resurrección, que dizen de las albricias, suele ser todo de quentos ridículos y gracias desgraciadas»¹⁰.

A éstos también se refiere, muy avanzado ya el siglo y de manera más explícita, Francisco Ameyugo: «Ay algunos predicadores que como algunos llevan las cosas a palos, ellos las llevan a gritos, dando clamores desentonados... aquellos que por hazer mudanzas las hazen de manera que parecen melindres de mujer fea, ya quebrando la voz a lo mujeril, ya ahuecándola a lo valentón, ya ahullando triste y lamentablemente... Si hablan de la curación de un enfermo, se toman el pulso

(9) CEJADOR. *Historia de la Literatura española*. Tomo III. Madrid. 1915. Págs. 14-15.

(10) B. JIMÉNEZ PATÓN. *El perfecto orador*. Madrid. 1612. Folio 76.

como hazen los Médicos; si hablan de un músico, mueven las manos a modo del que toca las cuerdas de un instrumento. Si quieren representar el sonido de un clarín, llevan las manos a la boca, y moviendo los dedos les falta poco para silvar. Estas cosas ni aun en un teatro de comediantes se pueden sufrir»¹¹.

2, 3. La otra escuela, la cultista, adopta, como en los demás géneros, dos formas, ambas con amplias zonas de contacto. Lo que en este sentido Dámaso Alonso dice para el Culteranismo y el Conceptismo, tiene aplicación especial en la Oratoria. El Culteranismo tiene más cultivadores por una serie de circunstancias: la mayor idoneidad para armar el sermón, el agrado del público por la retórica ornamental, las hiperbóles, las perífrasis y las imágenes, la menor dificultad de comprensión por parte del oyente, y la mayor posibilidad para el empleo de la mitología. El Conceptismo, que emana del ingenio, busca la novedad en el concepto, y tiende a la frase lapidaria y a la sentencia, reclutó adeptos en los predicadores que, como Fúster y Guerra, llegaron al púlpito endurecidos en el ejercicio de la cátedra y las escolásticas argumentaciones; en los exégetas más o menos camelísticos de la Sagrada Escritura, o en los amigos de los emblemas y empresas, procedimiento rayano a veces en un infantil alarde de lanzar desde el púlpito lo moral y lo político, como se hacía en el más razonado libro.

A estas tendencias se refiere el P. Valentín de Céspedes al tildar a las nuevas maneras de cultivar un estilo aliñado, con dulces cadencias y ecos de misterio, con cláusulas preñadas sentenciosamente y en que las citas van disimuladas, «disueltas como polvos purgativos en el caldito líquido y suave de su estilo brillante y conceptuoso».

El tipo de Oratoria culterano llevaba en sí los gérmenes de su descomposición. Por otra parte, la predicación conceptista, además de requerir por su misma dificultad más talento en la ideación y en la exposición, se acercaba más a la predica-

(11) *Rethórica sagrada...* Zaragoza. J. de Ibar, 1667.

ción tradicional. Los juegos de palabras, la antítesis se encuentran en las exégesis medievales, y, aún apurando un poco, en la misma esencia del dogma católico: Dios, uno y trino; María, virgen y madre; Jesús, Dios y hombre... En consecuencia, la degeneración culterana se anticipa a la conceptista.

La escuela culta viene a nacer con el siglo. Hay quien la señala en la colección de Oraciones fúnebres a la muerte de Felipe II, editada por Iñíguez de Lequerica: «...allí se descubre el matiz donde se altera la luz en caos, la armonía en desconcierto, el buen gusto en extravagancia, y la tersura de lenguaje en hinchazón áspera y confusa; allí está Fr. Agustín Salucio, como vestigio de los predicadores que habían procurado elevar a Dios los ánimos de sus oyentes; y allí también están columbrándose en Fr. Alonso de Cabrera como preludios de los religiosos que iban a ocupar el púlpito sin mejor designio que el conseguir el personal aplauso».

Sin asentir a juicio tan radical y pesimista, se puede tomar esa fecha si no como iniciadora, sí al menos como generalización del fenómeno. La misma subida al trono de Felipe III, el cambio de gusto en la Corte que trae consigo, el fácil acceso a «predicador de S. M.», y el prestigio de la predicación cortesana, son otros tantos motivos para que la oratoria cultista se propague.

Paravicino asentó, con su indudable autoridad e indiscutible talento, la predicación cultista. En sus páginas se dan cita el ingenio, —ingeniero de la frase y del pensamiento—, y los párrafos más absurdos y ridículos. Ejemplo de éstos: «Estas cosas se han dado de mano en este día; terribles antinomias o contradicciones contiene este evangelio [Parábola de las vírgenes], un asunto, tan desenquadrado, parece que toma Cristo, que el ingenio que más se desvela no se dará manos a taracearlo. Un retablo de cañas ha puesto la Iglesia delante, que la perspicacia más fiel no hará debidas suertes en su conocimiento. De bodas estamos, que a eso aguardan las diez vírgenes con sus lámparas, y aún salen al camino al desposado: «*Quae accipientes lampades suas exierunt obviam Sponso et Sponsae*», y estamos de entierro y lamentables exequias, pues se quedan las cinco a oscuras, y a buenas

noches, o por acertar a malas, y entornando tras sí la puerta el esposo les dan con ellas en los ojos: «Et clausa est janua». Apercibimiento nos piden y que estemos alerta —«Vigilate»—, y eso desde la niñez o primera edad, que quizá con eso se revocó con capa de virgen el aviso: «Simile est regnum coelorum decem virginibus»¹².

Pero los brotes de mal gusto eran anteriores, y no era el único de entre sus coetáneos: Fr. Hernando de Santiago, «varón celeberrimo y predicador famoso», en la consideración primera del *Sermón de San Bartolomé* describe una lidia de toros y compara la actitud del Santo a la del torero: como el torero burla la res hurtando el cuerpo y dejándole en los cuernos el capote, así S. Bartolomé dejó su alma dejando no la capa, que ya había abandonado antes con todo lo demás por Dios, sino la misma piel suya en manos de los tiranos, como en los cuernos del toro. Y en el *Sermón del Señor Santiago* —1613—: «No sé si he cumplido mi promesa, pero aunque más parezca peregrina, la tengo de poner la esclavina y el bordón de nuestro glorioso patrón Santiago, y probar que a este divino apóstol no sólo le fue concedido el cáliz de Cristo, sino también la mano derecha. Comencemos por aquí, porque vamos a derecha».

La censura no se hizo esperar; partió de los mismos predicadores, a los que se unieron los críticos del momento; los testimonios a todo lo largo del siglo son numerosos:

«...esgrimidores del floreo, lucidas palabras rimadas, que dan gusto y deleytan al oído, pero que no matan moros ni sacan sangre, señalan y no hieren»¹³.

«Algunos predicando en romance parece que predicán en latín o en otra lengua que ni es latín ni romance...; esto llaman predicar a lo culto, y yo lo llamo predicar a lo oculto,

(12) *Sermón de Santa Teresa Catalina, virgen y mártir.*

(13) FR. ALONSO DE CABRERA. *Consideraciones del Adviento.* Tomo II. Zaragoza, 1610. *Sermón 2.º en la Octava de Epifanía.*

pues se queda lo que se predica tan en secreto y oculto para todos como antes que se predicase»¹⁴.

«Hablavan con frases subidas de punto, palabras nunca oídas, retruécanos engarzados y en un lenguaje que el P. M. Fr. Hernando del Castillo llamava alforjado, que está todo puesto en correspondencia de las primeras palabras con las postreras, y en hablar de manera que con la corriente y trabazón artificiosa o afeitada menos se entiende lo que quieren decir»¹⁵.

«Pero donde este veneno y desdicha ha echado el resto y donde falta el discurso, enmudece la lengua y pierde el sentimiento, es lo que vi en Granada, siendo muchacho y estando estudiando artes; allí truxeron a mi Convento un sermón impresso, a quien muchos admiraron y aplaudían, y lo grande y extraordinario que alabavan era que aunque estava compuesto y escrito en nuestra lengua vulgar, no avía quien pudiese entender una sola proposición de cuantas en él se contenían»¹⁶.

A estos testigos acusadores, notables predicadores, hay que unir el testimonio de preceptistas famosos: Gracián no podía por menos de atacar las nuevas formas culteranas del púlpito:

«Dexaron la sustancial ponderación del texto sagrado, y dieron en alegorías finas, metáforas cansadas, haciendo soles y águilas los santos, manes las virtudes, teniendo una hora ocupado el auditorio pensando en un ave o una flor. Dexaron esto y dieron en descripciones y pinturillas: llegó a estar muy valida la humanidad mezclando lo sagrado con lo profano; y comenzaba el otro afectado su sermón por un lugar de Séneca, como si no hubiese San Pablo; ya con trazas, ya sin

(14) FR. JERÓNIMO DE FLORENCIA. *Marial... predicado a las MM. de Philipo III y Philipo IV, nuestros señores*. Alcalá de Henares. J. de Orduña. 1625. Prólogo.

(15) JERÓNIMO B. DE LANUZA. *Homilias sobre los evangelios... de Quaresma*. Barcelona, 1633.

(16) FR. GABRIEL DE SANTA MARÍA. *El predicador apostólico y sus obligaciones*. Sevilla, 1664. Pág. 32.

ellas, ya sin discursos atados, ya desatados, ya uniendo, ya postillando, ya echándolo todo en frasecillas y modillos de decir, rascando la picazón de la oreja de cuatro impertinentillos bachilleres»¹⁷.

A Melchor Fúster se le ha señalado como cabeza de la tendencia conceptista. En sus *Misceláneas de conceptos predicables*, 1671, dice: «El título que doy al libro, de misceláneas, por ser conceptos sueltos; ofreciendo como canastillo desatadas flores, de que con la hebra de su estilo podrá el ingenio atar su curioso ramillete, que es lo que ostenta primoroso el orador, y de lo que hace el panegyrista desempeño». En los sermones fue fiel a la doctrina, y así, algunos de los por mí leídos son una serie continuada de sentencias hilvanadas por el menor tejido conjuntivo.

El famoso Magistral de Valencia tuvo un nutrido número de discípulos, predicadores muchos en su tierra levantina, que han dejado impresos abundantes sermones. (Sería interesante estudiar la aportación valenciana a la Oratoria; porque, lo mismo que en el teatro, Valencia tuvo una floreciente escuela de predicación. A ella pertenece «el cisne del Turia canoro», Juan Bautista Ballester, en quien se entreveran el culterano y el conceptista, como en alarde de demostrar que ambos procedimientos, cuando los rige la medida, son gala del estilo).

3. Progresos de la extravagancia.

Rotos los diques de la contención por falta de ingenio, se produce la extravagancia. Extravagante es el predicador de absurdos, de naderías envueltas en ropajes ampulosos o desmenuzados en puntitos vacíos, o el aficionado en demasía a la fábula pagana y a una erudición pedantesca, como también lo es el que en aras de una mal entendida claridad oratoria embarca su discurso en vulgaridades y groserías.

(17) BALTASAR GRACIÁN. *El Criticón*. Madrid, 1664. Págs. 415.

3, 1. Las mejores muestras pueden escogerse en los sermones de circunstancias; tales las oraciones fúnebres a la muerte de Felipe IV y Carlos II, al nacimiento y muerte de Luis I, y otros acontecimientos en la familia real. Allí podrá leerse al engolado Fr. Bartolomé García de Escañuela; la retórica y pueril adjetivación del P. Pedro Mejía; las antítesis forzadas y los juegos de palabras de Fr. Bartolomé Anento; al gerundiano Fr. José Serra; el falso asombro y las huecas exclamaciones de Fr. Francisco Neila; al conceptuoso Canónigo de Vich, Jacinto Albert; al cursi Fr. José de Haro; al dulzón Fr. Agustín de Vera Tassis y Villarroel; al peregrino Fr. Eugenio de S. José, que llega al exordio como el juglar al castillo —«Ah de la guarda!»—; a Fr. Mariano Anglasell y de Cortada, que se anega en piélagos de lágrimas; al dominico Fr. Domingo Pérez, que envuelve su sermón en alegorías de águilas, serpientes y naves; al conceptista y cultista incontentido que es Fr. Miguel de Lima; al catilinario Fr. Alejandro de S. Antonio; al mercedario Fr. Raimundo Asensio, que arropa a Luis I, niño de pocos días, en sacra púrpura y mantillas y doseles; al jesuíta F. Francisco Rodrigo, que entre escaramuzas de palabras, le llama «Adonis de los monarcas», o, finalmente, para no alargar más la relación, al Canónigo de Granada José de Franquis que inunda el túmulo regio de exuberante hojarasca.

Tengo ante mí más de un centenar de nombres de oradores en las papeletas de cuyos sermones anoté la impresión de mi lectura —una lectura francamente entretenida por lo sorprendente e inconcebible de los despropósitos—. De éstos no puedo silenciar algunos. Es el caso de Fr. Pablo Fidel de Burgos, cuya carrera de predicador parece un pugilato con las buenas facultades que apunta en sus primeras piezas, por llegar a alcanzar el más furioso gerundianismo. O el del monje jerónimo Fr. Francisco de Lara, o el del dominico Fr. Antonio Sanz, que hubieran hecho las delicias del P. Isla, a quien habrían ahorrado la composición de los discursos de su fray Zotes.

Pero pocos de estos extravagantes ministros de la palabra de Dios ganarían al «Guardián del Convento de Granada»; como ejemplo, valga el sudado laboreo a que somete el nombre de su difunto elogiado, el P. Manuel Padiál: Padiál tiene ori-

gen en «pálida» o en «lápida»; luego Emmanueli Padial querrá significar «mea lumina lapide», o sea «mis ojos en la piedra». Ni tampoco serían muchos los que aventajasen al Cura Párroco de Palma, Francisco Cano Machuca, quien en el sermón de Ntra. Sra. del Buen Parto y Guía, comenta todos los tiempos y modos verbales; ni al carmelita P. Luis Pueyo Abadía, quien en su Sermonario *Analogías del púlpito y cátedra* —1676—, somete todos sus discursos al yugo de la gramática, lógica, metafísica, música, perspectiva, operaciones del entendimiento... Creo que será ejemplificador alguna cita: «Ay cinco letras vocales, a, e, i, o, u, pues otras tantas ay en nuestro abecedario y aun en las mismas. La A, en la reja todo el año. La E, en Quaresma. La I, en Semana Santa. La U, en Pasqua. La O, en estos días que restan del Adviento¹⁸.

3, 2. La decadencia y la chocarrería afectó a todas las manifestaciones de la cultura. La vulgarización de las artes fue general, no privativa de la Oratoria. Todo se atomiza, se llega a la enervante minuciosidad; en la predicación, a sermones poco serios: se habla durante una hora de la zapatilla de la Virgen, de la camisilla del Niño Jesús, se trata «de proepitio Christi»; se desarrollan las ideas más indecorosas; se abusa de los refranes y chascarrillos; se pueblan los templos de dioses y ninfas.

Como índice expresivo pueden leerse los títulos grandilocuentes que se rebuscan para las más insignificantes obras:

«Triunfo del ácido y del álcali, depósito de la divina gracia en ellos para beneficio de los mortales». Vulgar controversia sobre productos químicos.

«El jardinero de los planetas en la nave de Aqueronte sobre el Ebro». Pronósticos para el año 1733.

«Dolorosos Threnos al fatal estrago... Minervas llorosas a impulsos de la razón». Hechos triviales.

(18) *Sermón de la Expectación de la Virgen Sma. en idea de Abecedario*. Zaragoza. Vda. de Juan Ibar, 1676.

«Llave interior que abre la puerta del palacio humano y Farol de la noche oscura para andar por las calles de la virtud en los barrios de la mística». Tratadillo insustancial de mística.

«Augusto iluminado. Juſta literaria, palestra métrica, para cuya ingeniosa Minerval arena lúcidamente sombreada con los ilustres pinceles de gloriosas Proessas en el inmortal volumen de la heroycidad Romana, la imperial, pontificia, leal, erudita Palas de México, convoca a los adalides canoros, y esforzados cisnes del occidental Caistro, para que en dulces numerosas cadencias celebren obsequiosos la plausible coronación de N. C. Monarca Fernando Sexto... Delineóla la sonora Filomena del Ponto en el V. 820 y siguientes del libro 15 de su Metamorphoseos, y dedúxola...».

He señalado más de dos centenares de títulos como singulares: unos por cómicos, otros por pueriles o por incomprensibles; otros por impertinentes o por corresponder a adagios y refranes vulgares. Escojo, fragmentariamente, algunos:

«Preciosa perla en la más tersa Concha descubierta, divina nubecilla de las exhalaciones más puras de la gracia congelada, en inmensas afluencias convertida, en copiosos rocíos por los amenos campos de la Iglesia destilada»¹⁹.

«Tres procelosas furias que en el mar amargo de María elevaron hasta las estrellas las olas de la congoxa, en el día de la borrasca más deshecha. Consistió la vehemencia de los uracanes, de tanto dolor de su sano padecer como en el raro modo de padecer su dolor. Descubrió la tempestad en el seguido sermón que deste assumpto predicó al Santo Tribunal de la Inquisición...»²⁰.

«...la más soberana y triunfante Palas María que ya en el primer choque rompió la cabeza de la más infernal Medusa»²¹.

«Gramática consagrada, celestial literatura, misterioso plato

(19) FR. CRISTÓBAL RAMÍREZ. Alcalá. F. García. 1698.

(20) ESTEBAL DOLZ DEL CASTELLAR. Valencia. 1685.

(21) ANTONIO PERELLÓ. Mallorca. M. Capó. 1706.

en la mesa soberana del altar, administrada en oración retórica...»²².

«¡O admirable Sacramento! Con las admirables glorias de la pureza y sabiduría del Angel M. enlazado a fuer del honor del Celeste Cíngulo, por espacio de tres días incompletos en 40 horas venerado; circunstancias todas de obligado assumpto, y la O de admiración descifrado»²³.

«Oración panegírica a las perpetuas memorias del mejor cisne, que en dulces y decorosos Ecos repite inmortal la fama, sino bien encarecida, eternizada, la hermosura de su original mejor copia»²⁴.

Y ceso de transcribir. Francamente hemos de pensar que se había perdido la seriedad, no solamente el tino y la medida. Es cierto que muchos títulos salían de los editores o de plumas ajenas al autor; pero eran los menos. Lo corriente era que el predicador buscara para su sermón un título sonante, hecho de metáforas, de alegorías o de cabos de frases, cuanto más misteriosas o ininteligibles mejor. Pretendía con ello la novedad, la atracción.

4. Hacia la reforma: 1750

A la mitad del Setecientos llega, pues, según queda dicho, una triple corriente:

* la de los predicadores que han sabido ajustarse a su misión de portadores de la palabra de Dios, y la han servido en justos moldes. Son los menos, pero aún numerosos e influentes; serán la base de la verdadera reforma.

* la de los predicadores que proclamando su sencillez han caído en la vulgaridad. Aquí se reclutan los que hacen del púlpito escenario de cómicos: los que cogen el crucifijo y dialogan con él en distintos tonos; los que ponen el dedo sobre

(22) MANUEL SÁNCHEZ DE CASTELTAR. Zaragoza, Hros. de J. de Ibar, 1676.

(23) JOSÉ FIGUEROLA Y BELVÉS. Mallorca. G. Frau, 1711.

(24) JERÓNIMO PIMENTEL. Alcalá. F. García, 1683.

la llama de una vela y gritan como condenados del infierno; los que sacan los naipes para mostrar cómo juega el pecador con su salvación; los que hacen sonar un esquilón para llamar a la oveja descarriada, o encienden un farol, que llevaban oculto, para buscar un alma justa; los que queman una vedija de lana para hacer ver lo efímero de la vida.

* el torrente doblemente crecido por la suma de los que comenzaron siendo cultistas o conceptistas, y ahora han llegado a formar una grey única, cultivadora de la vaciedad, de los alardes pueriles de erudición, en lo que lo pequeño y la fruslería borran los límites de lo sagrado. Estos rehúyen los sermones doctrinales y de misión, y prefieren las circunstancias: un cantamisa, una profesión, la muerte o el nacimiento de un personaje, las fiestas patronales; o sea, el discurso que deja libre la imaginación, y campo abierto para la verborrea y el empleo circunstanciado de los textos sagrados.

4, 1. Se imponía una renovación. Fueron muchas las voces que clamaron. Clérigos y seglares aunaron sus esfuerzos, y, más que con el látigo, con la solución positiva lograron crear una conciencia de urgente reforma.

Cité anteriormente a algunos de los escritores que alzaron la voz de alarma. Insisto en que la parte más meritoria, por lo constructiva, la formaron los celosos pastores y religiosos, como Bocanegra, Interián de Ayala, José Climent, Olazábal, Agustín de Castejón, y tantos otros, que fueron la base de sustentación de esas nuevas formas que se pedían.

Los reformadores, los más teóricos, pretendieron una separación total de nuestra oratoria anterior; desconocían o despreciaban nuestros valores del xvi. Pusieron sus ojos en Francia, cuya oratoria sagrada se tomó como única fuente de inspiración. Lo mismo que en el teatro, llovieron las traducciones y las adaptaciones de las retóricas a los modelos galos.

«Los ministros de Dios, dice Pedro Sánchez, se han desengañado de sus ilusiones antiguas y han llegado a conocer en buena hora qué alta es la ocupación de su sagrado ministerio. Determinaron, pues, abandonar las ridiculeces y vanidades de

los sermonarios viejos y abrazar este mejor modelo. No podía ofrecerse mejor que el que presentaba Francia en las Obras de los insignes oradores sagrados que dan honor a aquel reino. A pocos días se han visto reformados nuestros púlpitos, y si tal vez se presenta algún predicador formado por los cartapacios antiguos, consigue bien presto el desprecio aun del pueblo menos instruido»²⁵.

Los resultados no se hicieron esperar. «Durante el reinado de Carlos III, dice el P. G. Olmedo, se publicaron sermones correctísimos, pero de una corrección geométrica, un arte muerto». Se logró, sigue apuntando, que se considerase el discurso como un organismo completo y proporcionado, más claridad y orden en las ideas, más ambiente sagrado, un lenguaje natural y correcto. Pero lo que debió ser un purgativo pasajero, quiso convertirse en forma de ser sustancial, y de ahí vino el fracaso. «Lo que hemos ganado en la oratoria, decía Capmany, lo hemos perdido en la pureza, propiedad, soltura y gala de nuestra lengua, tomando el estilo formas y semblantes que no asientan a la locución castiza castellana».

Contra el avasallador influjo francés se levantaron las consiguientes protestas. Algunas son ponderadas, como la del jesuíta Agustín de Castejón: «Estoy muy mal con los que procuran introducir en España el modo y estilo de predicar de naciones forasteras; como si el natural paisano nuestro —bien trabajado y estudiado— no fuera muy dispuesto y eficaz para conseguir los designios de Dios en este santo ministerio... Gusta el español de especular cuidadosamente la Sagrada Escritura para apoyar en ella sus proposiciones y sentencias. Quiere el francés a punta de razón las almas para enarbolar en ellas las vanderas triunfantes de sus doctrinas. Pretende el italiano la elocuencia. Todos desean por estos medios establecer las virtudes y combatir los vicios... El español se paga de un texto bien traído; el italiano de un símil bien acomodado; el francés de un vehemente y bien seguido discurso; pues déxele a cada uno —sabia y christianamente— según su genio»²⁶.

(25) *Discurso sobre la elocuencia sagrada*. Madrid. Blas Román. 1778.

(26) Aprobación a *Sermón al nacimiento de Nuestra Señora*, de Interián de Ayala. Madrid, 1713. Págs. 381-85.

Más apasionada y patriótica es la opinión del Lic. Miguel Antonio Salgado: «En los principios de este siglo fueron estudiados, ponderados y predicados los autores portugueses, la facilidad de cuya lengua nos ahorró la traducción. Después han sucedido los franceses, que son los que ahora se copian y se admiran, y han llegado a tomar tanto ascendiente sobre los nuestros que para ponderar de una vez un buen sermón oímos por todo elogio, que fue a la francesa. Como si nuestros oradores no fuesen capaces de componer oraciones llenas de méritos y conformes a las reglas de la elocuencia sagrada. Esta sí que es ignorancia, y con más propiedad, injuria de los nacionales. Los sermones franceses que conocemos son acreedores a la estimación común, pero no por esto hemos de conceder superioridad a los nuestros, ni creer carecen de todo defecto. Sus mismos paisanos critican la uniformidad del estilo..., la falta de emoción de los afectos..., la partición de los sermones en tantos puntos y apartes..., pero no puedo dejar de manifestar la extrañeza que me causa la copia de estas traducciones en la oratoria sagrada, porque es la ciencia en que excede notablemente España a los demás. Nosotros tenemos los más célebres oradores cristianos, originales, llenos de unción, solidez y doctrina, que han escrito en la lengua patria y en la latina oraciones maravillosas (los Castros, Granadas, Villanuevas, Fuentidueñas...). En el día viven oradores que, sin mendigar auxilios de forasteros, componen oraciones tan acabadas en nuestra lengua, que, cuando no excedan, son ciertamente nada inferiores a las mejores que se nos ponderan como inimitables por los traductores»²⁷.

4, 2. Lo positivo de todo aquel movimiento fue lograr apagar, o por lo menos amortiguar, la llamarada barroca. La razón les vino hasta a los menos cuerdos. Y así es raro encontrar, a partir de 1760, el tipo de orador gerundiano. Es más bien la excepción; como Fr. Alejandro de la Concepción, que en una pieza extraordinariamente retórica describe una tempestad siguiendo literalmente el texto de la *Eneida*; o como

(27) Dictamen al *Sermón del Ilmo. Sr. J. Sebastián Flores Pabón*, del J. José Marín. 1778.

Fr. Luis Sextri, que en un «laberinto, besamano angélico, ro-sagante atributo» ininteligible celebra el dulcísimo Nombre de María,

Más raro es, por desfasado, el sermón plagado de citas latinas, sembradas a voleo. La cita latina tuvo doble misión: basar el sermón en la autoridad de la Escritura y familiarizar a los fieles con los textos sagrados que le eran vedados en la lengua vernácula. Al uso siguió el abuso, sobre todo en las oraciones encargadas por cofradías o por particulares, en las que se forzaba el sentido recto para adaptarlas a cada una de las circunstancias. Por influencia francesa se pasó al extremo opuesto: con el olvido de la homilía, género típico español, se llegó también al olvido de la Sagrada Escritura.

Sería imposible en esta breve Introducción dar una nómina aproximada de los buenos predicadores que incluyo en la bibliografía. Pueden ser algunos: Bernardo Vela, José García Martínez, Basilio de Mendoza, Juan Aravaca, José Sánchez, Juan Bautista Arajol, Isidoro Alonso, Félix Amat, F. Armañá —todos de acusada influencia francesa—, Miguel I. Ordeñana, José Vela, Martín y Guzmán, Antonio de Cristo, Antonio Gutiérrez, Salvador Boix, Antonio Andrés, Felipe Seguer, Francisco Martínez Moles, Domingo Ribera, Francisco Abadía, Bernardo Cospis, Ramírez de Orozco, Vicente Faulo, Vicente Peris, José Martín, Tomás Bornay, Manuel Espinosa, Andeiro y Aldao, y, finalmente, el apóstol de Andalucía, Fr. Diego José de Cádiz.

Creo que es importante aducir otros testimonios fehacientes de la conciencia de decadencia y de la necesidad de una renovación. Además de los textos que poseo, tomados de las censuras y aprobaciones de muchas oraciones de los predicadores que acabo de citar, he encontrado dos folletos y un manuscrito que estimo interesantes. El primer folleto, de diez folios, reproduce conversaciones entre dos «isidros» que al llegar de su pueblo van a oír un sermón en la Corte; como no entienden nada de cuanto oyen al padre predicador, acuerdan ir a buscar intérprete en un fraile. El otro, de 1788, es una carta en que un oyente se permite hacer notar a un predicador

los errores que ha observado en sus sermones. El manuscrito va encuadernado en un mismo volumen con un sermón del P. Sotelo, O. P., Lector del convento de Granada, del que es parodia y crítica mordaz; en ella se trata al dominico de gerundiano, y va firmada por Fr. Amador de la Verdad y Fr. Arsenio de la Piedad.

Todo esto nos lleva a una doble conclusión:

Primera: que corrían aires nuevos, prestos a barrer cualquier género de extravagancia. La corriente traía un doble origen: de reformadores de casa, y de los que propugnaban la influencia francesa; de puristas y casticistas, en una palabra.

Segunda: la Oratoria no es un género literario marginal; sigue las mismas vicisitudes que el Teatro, por ejemplo: tendencias tradicionalistas, popular y neoclásica. También, como en el Teatro, la forma neoclásica responde a un doble impulso: como reacción frente al agotamiento y a la extravagancia, por un lado, y por otro, como estímulo recibido del exterior.